

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL PERÚ



*Nuestra gente*  
**VII**

Cuadernos del Archivo de la Universidad 60

Lima, 2016

## Cuadernos del Archivo de la Universidad

### Comité editorial

Presidente honorario: José Agustín de la Puente Candamo  
Presidente: César Gutiérrez Muñoz

Miembros: Juan Carlos Crespo López de Castilla  
René Ortiz Caballero  
Jesús Vera-Portocarrero Beltrán

Beatriz Montoya Valenzuela  
Archivera de la Universidad

*Nuestra gente* ofrece, en sucesivas entregas, semblanzas de los miembros y de los amigos de la Pontificia Universidad Católica del Perú que contribuyen desde 1917 al ser y al quehacer institucional.

Pontificia Universidad Católica del Perú

*Nuestra gente: VII*

. -- Lima: PUCP, 2016.

p. 54: il. ; 20 cm. -- (Cuadernos del Archivo de la Universidad; 60)

© Pontificia Universidad Católica del Perú – Archivo de la Universidad, 2016.

Av. Universitaria 1801, Lima 32

Teléfono: (511) 626 2000 anexo 3713

E-mail: [archivo@pucp.edu.pe](mailto:archivo@pucp.edu.pe)

Dirección URL: <http://www.pucp.edu.pe>

Derechos reservados, prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio, total o parcialmente, sin permiso expreso de los editores.

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2016-15800

## *Presentación*

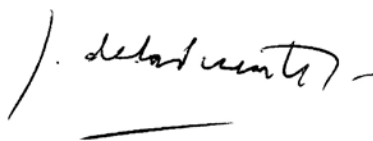
En la Pontificia Universidad Católica del Perú, a pesar del vertiginoso crecimiento que ha experimentado en las últimas décadas, todavía puede advertirse un espíritu de familia entre quienes pertenecemos a ella. Se trata de una comunidad universitaria en la que la cordialidad, el afecto y las buenas maneras siguen predominando entre sus integrantes. Sin duda, esto forma parte de lo que antiguamente se denominaba “el espíritu de la Casa”, y que vinculaba a todos quienes colaboraban en el desarrollo de nuestra Casa de Estudios.

Precisamente la serie “Nuestra gente”, promovida por el Archivo de la Universidad en el marco de los *Cuadernos* que periódicamente publica, ofrece una clara muestra de ese espíritu de familia. El volumen que ahora se presenta es ya el séptimo, y su aparición coincide con la celebración del centenario de nuestra Universidad. Al igual que en las entregas anteriores, en esta podemos leer las semblanzas de miembros muy queridos de nuestra comunidad universitaria: algunos de ellos siguen trabajando cotidianamente entre nosotros, otros ya se han retirado, o han fallecido. Varios de ellos fueron autoridades de la PUCP, otros desempeñaron funciones docentes, y otros labores administrativas. Prestaron sus servicios en diversas áreas de la Universidad, y sus semblanzas han sido redactadas por personas muy cercanas, que han sabido brindarnos una entrañable imagen de cada uno de ellos.

En este contexto, creo oportuno poner de relieve que son muy numerosas las familias ligadas a la PUCP por varias generaciones. Es también el caso de mi propia familia. No me parece indiscreto recordar que mi abuela

paterna, Virginia Candamo Álvarez Calderón, colaboró con el Padre Jorge Dintilhac en los tiempos fundacionales. Mi padre fue alumno del Padre Jorge en el colegio de la Recoleta en la década de 1930, donde le dictó clases de Inglés y de Economía Política. Años después, en 1947, luego de graduarse en nuestra misma Casa de Estudios, fue invitado por el Padre Rubén Vargas Ugarte a hacerse cargo de uno de los cursos de Historia del Perú en la Facultad de Letras. Posteriormente, fue la misma Universidad el lugar donde mis padres se conocieron. Puedo decir que en mi casa la Universidad Católica era una suerte de prolongación de la familia, al punto de que entre mis recuerdos más antiguos están las visitas al Instituto Riva-Agüero acompañando a mi padre, o los paseos a Tablada de Lurín, adonde íbamos invitados por Josefina Ramos de Cox para ver los avances de sus trabajos de investigación arqueológica. Además, mis hijos están vinculados a la PUCP también por su familia materna, ya que son bisnietos de Cristóbal de Losada y Puga, fundador de la Facultad de Ingeniería.

Menciono lo anterior no porque se trate de un caso raro, sino por todo lo contrario: son muy numerosas -reitero- las familias ligadas a la PUCP en sus diversas generaciones, y que consideran nuestra Casa de Estudios como parte de ellas mismas. Todas ellas gozarán con la lectura de esta entrega de la serie "Nuestra gente", que contribuye a que ese espíritu de familia siga siendo una nota distintiva de la PUCP.



José de la Puente Brunke  
Profesor principal de la PUCP  
Director del Instituto Riva-Agüero

## *Angelita Basso*

*Alberto Varillas Montenegro*

No me es fácil escribir sobre Angelita Basso, pese a que en la Universidad trabajamos juntos durante casi treinta años, desde 1965 en que ambos asumimos una dedicación a tiempo completo, hasta que renuncié al cargo de Secretario General, en el primer semestre de 1994. Y la dificultad estriba en que los cambios operados en la Universidad entre principios y finales de esas tres décadas me obligan a transportarme a una época en que si bien la Universidad gozaba de muy buen prestigio quienes trabajábamos en ella nos dábamos perfecta cuenta de que al interior había muchísimo por arreglar. Por eso, quiero dar a estas páginas un carácter de remembranzas sobre algunos hechos de aquellos años que recuerdo con especial simpatía.

En 1965 la Universidad tenía oficialmente algo más de 4000 alumnos pero como no existía un organismo centralizado que pudiera dar cifras exactas la cantidad resultaba solo aproximada; el número de profesores a tiempo completo era tres; creo el número de locales llegaba a la decena.

Uno de los primeros proyectos que le pude presentar al P. Mac Gregor, el extraordinario Rector de la Universidad, fue el de la creación de una oficina que centralizara la expedición de constancias y certificados de notas, lo que en las universidades norteamericanas se denomina *Registrar's Office* y que entre nosotros pasó a ser la Oficina Central de Registro. Y Mac Gregor aprobó el proyecto y me indicó que lo trabajara con Angelita. Y al empezar a trabajar



juntos reparé en que por teléfono nos conocíamos de mucho tiempo atrás, pues ella había sido funcionaria de la Bolsa de Comercio de Lima donde el gerente era Pedro Guzmán Gomero, antiguo secretario de la Facultad de Ciencias Económicas y Comerciales -como se llamaba entonces- con quien éramos buenos amigos.

Y es así como Angelita y yo pudimos empezar a reunir material para comenzar con el trabajo que nos habíamos impuesto. En ese momento, Angelita reparó en que en el registro de notas y expedición de certificados algunas Facultades funcionaban bien, otras regular y otras pésimo. De una especialidad le tomó quizás dos años reunir los planes de estudio (la mayoría de los cuales no habían llegado a ser aprobados formalmente) y aún más tiempo reunir la totalidad de las actas finales.

Todas las Facultades aceptaron que la Oficina Central de Registro las aliviara del trabajo de expedir certificados de notas, pues esa era una ímproba tarea manual que comprometía la dedicación de cuando menos un empleado. Pero la única Facultad que no había aceptado era la Facultad de Ingeniería: para discutir el asunto Angelita y quien escribe estas memorias fuimos una mañana del verano de 1967 a conversar con su decano, el ingeniero Ricardo Rey Polis. Rey era un hombre que irradiaba fortaleza: se le veía de temperamento sanguíneo, enérgico y tenía una voz muy fuerte y bien impostada; había sacado a la Facultad del antiguo local de la calle Botica de San Pedro (hoy 4ª cuadra del jirón Antonio Miró Quesada, esquina con la avenida Abancay) y a base de esfuerzo había construido el primero de los locales que tuvo la Universidad en el Fundo Pando, lugar por entonces tan alejado que para llegar a él ni siquiera había movilidad pública. La primera parte de la reunión que sostuvimos Angelita, el ingeniero Rey y yo fue terrible: Rey fue implacable frente a todo lo que propuso Angelita, no aceptó nada pues sostenía que nada de lo que se pedía a la administración central de la Universidad se hacía bien y, si se cumplía, era con una terrible demora. Cuando estábamos por retirarnos, sorpresivamente el ingeniero Rey nos invitó a almorzar con el propósito de que en la tarde pudiéramos reanudar el encontronazo de la mañana.

La reunión de la tarde se inició con una sorprendente frase de Rey: "Bien: si todas las universidades bien organizadas del mundo tienen una oficina de registro, ¿por qué no podemos tenerla nosotros?" Y Angelita aceptó todas las condiciones que puso Rey y la reunión terminó con una despedida sumamente cordial. A la salida, Angelita me reprendió: "¿Y usted por qué no ha intervenido?" Mi respuesta fue muy pausada pero quizás algo fresca: "Angelita: porque el debate conmigo iba a ser mucho más tenso y quizás no hubiéramos sacado nada." No estoy seguro si Angelita recordará este *incidente* que dentro de unas pocas semanas cumplirá cincuenta años, pero, después de releerlo, creo que describe perfectamente lo ocurrido y aquellos de los lectores de estas páginas que hayan conocido a los tres participantes de la reunión podrán reconstruirla sin dificultad.

Durante los años en que trabajamos juntos Angelita dio testimonio de poseer una virtud que al nivel en que la tenía casi resultaba vicio: el trabajo. Nunca rechazó trabajo alguno, así no le correspondiera, y era una garantía de su cumplimiento. Y, sentada frente a su escritorio, trabajaba, sola, calladita, fumando como una chimenea y, en menor grado, tomando café. Pero obsesionada con su trabajo, el café lo tomaba en su escritorio y no en una de las cafeterías para que nada la interrumpiera.

Hoy, medio siglo después de haberse creado la Oficina Central de Registro -¿cómo pasan los años!- me es fácil reconstruir algunas de las cosas que hicimos juntos, puesto que la OCR y la Secretaría General de la Universidad siempre anduvieron viendo lo que podía efectuarse. Por ejemplo, creamos el sistema de codificación de cursos (lo que obligó a Estudios Generales Ciencias a modificar el que ya tenía); junto con el Centro de Computación se creó el código de los alumnos (que se ha necesitado modificar a raíz del cambio de siglo); encontramos una solución para la expedición de los certificados de estudio de la Escuela Normal que tenía la Universidad en Chimbote pues el terremoto de 1970 destruyó el local perdiéndose sus archivos; encontramos mecanismos para ubicar los planes de estudio aprobados y los certificados respectivos de las unidades académicas descontinuadas (Escuela de Pedagogía, Escuela Normal Urbana, Escuela de Periodismo, Instituto Femenino de Estudios Superiores, &&. La lista es interminable.

Pero uno de los rasgos más importantes de Angelita ha sido su eterna amabilidad. Para con los jerárquicamente superiores a ella en la Universidad, siempre fue un modelo de educación y cortesía; y de todos ellos recibió un trato igualitario. Con el personal de la OCR ocurrió una cosa similar y con Gladys Lock y Esperanza Obregón, nunca pasaron del “usted” al “tu” pese a que trabajaron juntas más de 40 años.

Es muy grato recordar a personajes de la talla de Angelita Basso Ph., con la cual podría reconstruir muchas anécdotas más. Y es muy satisfactorio que el Comité Editorial de estos Cuadernos la haya tenido presente en momentos de preparar este número de homenaje a quienes han tenido verdadera importancia en el desarrollo institucional.



*De izq. a der.: doctor Marcial Rubio, Víctor Rojas, padre Felipe Mac Gregor, Elena Bustillos y Angelita Basso*



## *Testimonio y gratitud a un insigne filósofo, profesional del área de humanidades y amigo*

*Hna. Ana María D'Azevedo García*

Conocí a Carlos como el doctor Beas Portillo, entre los años 1992 al 1994, cuando trabajé en la PUCP como asistente de dirección del Centro de Asesoría Pastoral Universitaria - CAPU y como docente en la Facultad de Ciencias Administrativas, pero me volví a reencontrar con él hace pocos años y llegó a ser para mí el amigo.

He tenido el privilegio de disfrutar de cerca de sus enseñanzas fuera del aula, en diálogos amicales. Por ello me voy a permitir expresar con la humildad que corresponde, cómo lo he visto y sentido vivir los últimos años.

Son muchos los recuerdos que me vienen a la memoria sobre Carlitos, como le llamaba cariñosamente, la amistad y el aprecio mutuos, su calidad de ser humano y humanizado en bien de la formación de generaciones de estudiantes en el campo de las humanidades, su dedicación al acompañamiento personalizado de profesionales que requerían de su asesoría y muchas otras facetas de filósofo por formación y vocación profesional, a quien el Señor había dotado de cualidades y dones que hacían más preciosa su vida y su misión docente, las dos inseparables en él. Pero no era solo un excelente académico, admiraba y contemplaba de manera serena la obra creada por Dios a través de la naturaleza.



Cultivaba el saber con sabor, todos los que lo conocimos hemos apreciado sus capacidades intelectuales, su creatividad en la programación de

los cursos, sus dotes no comunes en la enseñanza, su tenacidad en la realización de nuevos proyectos académicos, su visión de futuro, en suma, fue su misma persona una permanente docencia.

Creuyente en el Dios de la vida y de la historia. Humanista, filósofo y ecuménico siempre, porque todo creyente de diversos credos entraba en su espíritu y corazón, entregado a la misión académica que se le solicitaba. Cuidadoso, responsable, respetuoso, exquisito y fiel en el ejercicio de la docencia integral de sus alumnos. Como decía al comienzo, un filósofo de corazón y vocación, con un gran cariño y gratitud por su centro laboral, su querida universidad, la PUCP.

Preocupado por la sólida formación de jóvenes y adultos universitarios, comprometido en la delicada, necesaria y seria formación de futuros sacerdotes y educadores en la Facultad de Teología Pontificia y Civil de Lima, sobre todo en el campo de las humanidades. Buscaba alternativas y medios para ofrecer esta formación. Maestro a cabalidad, amigo leal y hermano de sus colegas, alumnos y colaboradores.

Ha llenado su vida de obras significativas y preciosas. Muchas personas encontraron en él un amigo generoso, cercano, afable y cordialmente discreto, un maestro inteligente, un hombre con visión de futuro, lúcido y sabio académico. Incansable estudioso e investigador en varios campos. Tributarle un grato recuerdo y un sincero agradecimiento es lo que queremos hacer todos los que lo hemos conocido y apreciado los carismas de su personalidad humana y espiritual.

Enamorado de una gran mujer que como él mismo decía “valía oro”, Elvira, de corazón peruano y de nacimiento alemán, llegó muy jovencita a este continente sudamericano y Carlitos me manifestó que durante más de 40 años de vida matrimonial con ella, su digna esposa, fue la elegida por Dios y por él para darle calidad de vida, y yo doy testimonio de ello.

Vivía con un sano orgullo de sus dos hijos, Daniel el “primogénito”, como él lo llamaba, y Marco; ambos de excelente formación profesional, vivían desde hace varios años fuera del Perú, en España

y Alemania respectivamente, ya que por las venas de ellos corre también sangre europea.

Me queda la certeza que desde la Casa del Padre, muy juntito a Dios, nuestro querido Carlitos, es el ángel que acompaña a su familia, amigos, colegas y discípulos, porque en su vida he percibido la fuerza inagotable del Espíritu, ese Espíritu que da vida y la da en abundancia.

No puedo terminar este homenaje póstumo a un hombre con mensaje, Carlos Beas Portillo, sin decir que “murió de pie”, “se escapó de nuestras manos”, la muerte truncó su vida y sus esperanzas, pero siempre vivirá en el recuerdo afectuoso de muchos que le agradecen su generosa entrega, su amistad sincera y sus enseñanzas.

¡Que el Dios de la vida y de la historia, sea su felicidad en la vida eterna! ¡Hasta la eternidad, querido Carlitos!

## ***Fernando Fuenzalida Vollmar, maestro holístico***

*Armando Millán Falconi*

¿Qué es lo que hacen los mejores docentes en sus clases? ¿Cuál es el secreto de aquellos profesores que marcan a sus estudiantes? Conocí a Fernando Fuenzalida en una clase de Teoría Antropológica 1 en la Facultad de Ciencias Sociales, cuando yo bordeaba los 19 años. Acababa de salir de Letras y desconocía que el curso consistía en revisar la obra de Émile Durkheim durante todo el ciclo. Tampoco sabía quién era ese profesor alto y desgarbado que se plantó esa mañana de agosto de 1989. No recuerdo los temas que desarrolló en esa primera clase pero nunca se desprenderá de mi memoria la sensación que me dejó esa sesión con los noveles futuros antropólogos. Fue un viaje recorriendo las clásicas escuelas del estructural-funcionalismo británico, el culturalismo norteamericano y el estructuralismo francés. Todo ello matizado con las causas históricas que generaron dichas escuelas de pensamiento, con precisión de datos y anécdotas que le daban un sentido natural a tales desarrollos teóricos, y culminando su recorrido justo en el punto de inicio de sus tres horas de disertación. Una clase literalmente redonda. Fue en ese momento de fascinación intelectual que prometí matricularme en todos los cursos que este profesor ofreciera en la carrera que estaba iniciando.

Tuve a Fernando como profesor varias veces más, en los cursos de Parentesco y Organización Social, Drogas y Sociedad, Folklore y Arte Popular, y Seminario de Investigación de Tesis. Su ritual personal de clase seguía siempre el mismo libreto: ingresaba unos minutos después de la hora establecida, prendía un cigarro (en esos tiempos los profesores podían fumar dentro de la universidad) y hablaba durante tres horas seguidas con una voz fuerte e impostada que resonaba en toda la clase, con una coherencia y claridad que parecía que estaba leyendo un texto preparado el día anterior a pesar de no tener ningún papel en la mano. Su exposición la interrumpía por las preguntas que algunos estudiantes se animaban a sugerir y por el encendido de un nuevo cigarrillo que fumaba

uno tras otro. Completaba sus tres horas sin parar (no hacía descanso en su clase) y luego se iba dejándonos intelectualmente estimulados. Seguí a Fernando también en varias charlas y presentaciones que realizó en otras universidades distintas de la PUCP en las que reflexionaba sobre movimientos políticos y religiosos contemporáneos, y en ninguna de dichas ocasiones decepcionó ni amenguó mi fascinación por la forma tan particular en que abordaba tantos y tan diversos temas. ¿Qué tenía Fernando que generaba la sensación de estar ante un profesor diferente? ¿Qué era lo especial en su manera de enseñar y que marcó a nuestra generación de antropólogos?

La primera vez que Fernando fue mi profesor, él tenía 53 años y nunca supe que se internara a una comunidad campesina o nativa para realizar el riguroso trabajo típico de un antropólogo. Su experiencia de campo la había desarrollado en extenso siendo más joven y varios de sus trabajos más conocidos como la relación entre tradición y economía de mercado en Huayopampa (1968) y la estructura colonial de las comunidades campesinas andinas (1969) ya habían sido escritos. Nunca nos involucró en un proyecto en marcha que necesitara asistentes de investigación. A

Fernando le costaba quedarse en la mirada local y detallista.

Lo suyo consistía más bien en ampliar panoramas, brindar nuevas perspectivas, romper paradigmas y hacer evidente las conexiones históricas y filosóficas que le daban sentido a los fenómenos humanos. Cuando tomó el curso de Folklore y Arte Popular no se limitó a hacer lo que otros profesores habían hecho en ese



curso: recorrer y describir las fiestas tradicionales de distintas regiones de nuestro país. Más bien, nos proporcionaba una visión global. “Es cierto que el *muki* o la *jarjacha* son personajes propios de nuestras creencias populares” -nos decía- “pero, ¿acaso no tienen relación directa con personajes tradicionales del mundo celta?” Y a partir de allí iniciábamos

un recorrido por la existencia de seres mágicos y fantásticos de la Europa oriental, la Rusia euroasiática o de los indios de Norteamérica. A través de su mirada extensiva y comparativa éramos capaces de establecer los vínculos entre seres folklóricos distantes geográficamente pero que hablaban de patrones arquetípicos con los que los seres humanos construimos nuestra manera de comprender el mundo. No es que Fernando despreciara los contenidos y productos culturales de nuestra comunidad nacional, como muchos creían, lo que ocurría es que siempre optaba por ver más allá de las manifestaciones superficiales y concretas de un fenómeno para abordar el sustrato colectivo que nos invitaba a analizar realidades desde una perspectiva universal y holística. Y eso nos permitía aprender, no solo recolectar información.

A la distancia, a más de un cuarto de siglo de diferencia de las clases que dirigía ante nosotros, me doy cuenta que lo que más me marcó no fue su labor como antropólogo. Ahora entiendo que lo que influyó permanentemente en mí fue su manera de ser y ejercer la docencia. En un estudio poco común publicado en 2007, el especialista norteamericano en educación superior, Ken Bain, investiga acerca de cuáles son los elementos que hacen que un docente sea considerado un excelente profesor universitario. Entre los hallazgos realizados en el estudio extensivo de casos de diferentes universidades y facultades norteamericanas de distintas disciplinas, Bain sugiere varios aspectos clave: conocen su materia extremadamente bien; ayudan a los estudiantes a construir sus propios razonamientos; razonan de forma valiosa y original; invitan a sus alumnos y alumnas a revisar sus supuestos y examinar sus modelos mentales de la realidad; tienen apertura y tratan a sus estudiantes con amabilidad, sin subvalorarlos; tienen un fuerte compromiso personal con la comunidad académica; entre otros. Fuenzalida cumplía todo ello, pero tal vez habría que añadir un aspecto que el estudio de Bain parece dejar de lado: Fernando era capaz de relacionarse con sus alumnos con tal nivel de horizontalidad y sin prejuicios que podías hacerte su amigo.

Fernando tenía el sello docente de los verdaderos maestros. A diferencia de las limitaciones de tiempo que genera la estresada vida laboral actual y que obliga a los docentes a correr de una institución

educativa a otra o a hacerse cargo de proyectos de investigación que compiten con el espacio del aula, Fernando siempre tenía el tiempo para “tomarse un café” con sus estudiantes en la cafetería de Artes o la de Letras. Salía de clase con un grupo de estudiantes para continuar los debates que se habían iniciado en el aula o para discutir temas vinculados con la realidad política o social de nuestro país. Tenía facilidad para discutir cualquier tema y siempre darle un giro personal a la manera en que solíamos enfrentar los problemas o fenómenos de la realidad. Era un apasionado de la cultura popular mediática y pronto se hicieron habituales las visitas a su pequeña casa en la calle Porta de Miraflores para ver películas o series con un grupo de amigos y ex alumnos de Fernando. En la época que lo visitábamos ni siquiera tenía televisión, por lo que nosotros nos encargábamos de llevar el aparato y un (hoy) desactualizado equipo de VHS para armar una tertulia en su casa. Era capaz de extraer los patrones arquetípicos de las teorías de Marc Bloch sobre los reyes taumaturgos en la película “El rey león” de Disney, discutir sobre la relación entre cultura y naturaleza a partir de “El señor de las moscas” o entender que los episodios de las primeras temporadas de “Los expedientes secretos X” revelaban angustias fenomenológicas de nuestro paradigma civilizatorio.

En varias ocasiones nos encontramos con amigos más contemporáneos de Fernando que nos explicaron de primera mano la experiencia espiritual del budismo o de los movimientos religiosos y filosóficos que desafiaban la hegemonía del contrato secular moderno occidental. La experiencia pedagógica con Fernando era total. Era un maestro no solo dentro del aula, sino especialmente, fuera de ella. Cada encuentro con él resultaba adictivo, principalmente, por su honestidad intelectual. En ese sentido, era como un niño que se sorprende y maravilla ante sus propios pensamientos, y transmite ese entusiasmo iluminador a los que le rodean. Fuenzalida no era en absoluto una persona dogmática. Creía en la libertad de pensamiento y sus reflexiones las sugería de manera tan convincente que era difícil escapar de sus razonamientos. Sin embargo, no te obligaba a pensar como él. Simplemente te invitaba a cuestionar y repensar la manera como habías observado un fenómeno y a preguntarte si había otras maneras de observarlo. Esa es la esencia de la labor pedagógica.

Tuve la suerte de despedirme de él pocos días antes de su fallecimiento en el año 2011. En su misma casa de Miraflores, su familia nos permitió entrar a su habitación y acompañarlo un rato al final de su dura enfermedad. Fernando ya no podía hablar, recibía asistencia médica constante y básicamente dormía en ese lugar rodeado por símbolos espirituales que combinaban tradiciones cristianas, orientales y andinas. Le tomé la mano, lo saludé y de manera silenciosa le agradecí todo lo que me había aportado no solo como profesor y docente, sino en la construcción de la persona que soy ahora. Gracias otra vez, querido amigo.



## *El gran ingeniero Giuffra*

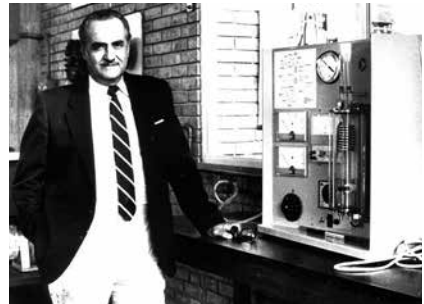
*Luis Guzmán-Barrón Sobrevilla*

Conocí al ingeniero Fernando Giuffra en abril de 1958. Yo cursaba el segundo año en la Facultad de Ingeniería y él era el profesor de Cálculo II. El programa del curso se desarrollaba en base a los libros escritos por don Cristóbal de Losada y Puga, segundo decano de la Facultad, con gran rigor y detalle. Los tres tomos de esta obra son un tratado matemático que se adelantó a su época.

El aula de segundo año tenía pizarras en tres de sus cuatro paredes y el ingeniero Giuffra las ocupaba todas cuando demostraba los teoremas A, B y C, y el teorema de Weierstrass, lo que hacía con gran entusiasmo y conocimiento. Quienes fuimos sus alumnos lo recordamos como un profesor exigente, y al mismo tiempo muy considerado con sus alumnos.

Más adelante, ya como egresado, lo conocí en su faceta de constructor. Yo trabajaba en la *International Petroleum Company* y me tocó supervisar algunas de las obras que le encargaron. Puedo dar fe de la calidad de su trabajo, siempre atento a todos los detalles, no había necesidad de revisar lo que él había construido. Recordando esto, años más tarde, cuando él era decano de la Facultad le pedí que construyera mi casa. Con gran sabiduría me dijo que como yo también era ingeniero, podía encargarme de la construcción.

En 1968, cuando el ingeniero Ricardo Rey Polis renunció al cargo de decano de la Facultad, fui uno de los que propuso al ingeniero Giuffra como nuevo decano, por la buena impresión que siempre tuve de él como profesor y constructor, y también como alcalde de Barranco, cargo



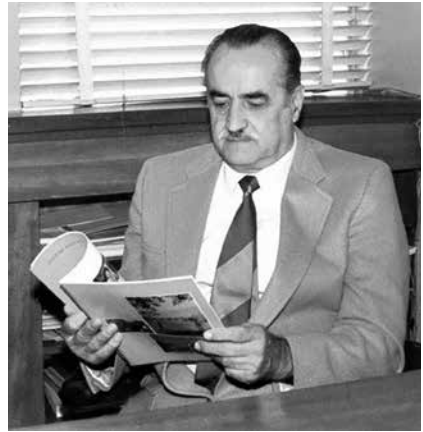
que desempeñó por un año. Es muy conocida la historia: él se comprometió a venir solamente mediodía y por un plazo máximo de un año. Cuarenta y cuatro años después sigue trabajando en la Universidad, a la que se ha dedicado por completo. A todos los que lo hemos sucedido en el cargo de decano nos ha dejado un gran ejemplo de entrega a la PUCP.

El ingeniero Rey había iniciado un plan de expansión de la Facultad y le tocó al ingeniero Giuffra continuarlo con el apoyo de un grupo de jóvenes profesores de tiempo completo que no llegaban a los treinta años de edad y que no tenían estudios de posgrado. Bajo su dirección trabajamos muy arduamente y al final de sus 22 años como decano, la Facultad de Ciencias e Ingeniería había pasado de ofrecer solamente Ingeniería Civil, a contar con ocho especialidades: Matemáticas, Física, Química, Ingeniería Civil, Mecánica, Industrial, Electrónica y de Minas; de tener ciento veinte alumnos matriculados a cerca de cinco mil, contando los Estudios Generales Ciencias, que solamente conducen a las especialidades de la Facultad de Ciencias e Ingeniería. Un gran esfuerzo en conjunto para lograr el crecimiento de la FIUC.

El R.P. Felipe Mac Gregor le confió la Dirección de Economía, cargo que desempeñó simultáneamente con el de decano, y quienes trabajamos con él sabemos que por su gran dedicación y capacidad de trabajo, en ambos lo hizo muy bien, aunque ello significó que tuviera que restarle tiempo a la familia. Rosita, su esposa, se quejaba ante nosotros con una frase que refleja su gran ánimo y el respaldo que siempre le dio a la labor del ingeniero Giuffra: “Fernando trabaja tanto que soy viuda de marido vivo”.

Los rectores doctor José Tola Pasquel y el ingeniero Hugo Sarabia Swett lo ratificaron como Director de Economía, pues sabían de la calidad de su trabajo. En el rectorado del ingeniero Sarabia nos tocó vivir la época de la hiperinflación y la Universidad la pudo sobrellevar, sin sufrir sobresaltos, gracias al extraordinario cuidado con el que se manejó la economía, con prudentes aumentos en las pensiones y en los sueldos de docentes y administrativos.

Más adelante fue el primer Director de Finanzas de la Universidad, desde donde ha contribuido con la eficiencia de siempre a ordenar este rubro, a obtener el mejor resultado posible en los ingresos no académicos y a aumentar la infraestructura de nuestras inversiones. Menciono algunos ejemplos que permiten reconocer sus logros en este campo: el crecimiento continuo de Plaza San Miguel, las nuevas sedes del Instituto de Idiomas (hoy Idiomas Católica) y el edificio de oficinas construido en San Isidro, todos financiados con sus propios ingresos.



No puede dejar de mencionarse su contribución como constructor de varios edificios de nuestro campus, en los que era no solamente el contratista que ofrecía la garantía de un costo adecuado y una calidad óptima, sino también el profesional preocupado por el diseño arquitectónico y de instalaciones, que buscaba no solamente la excelencia en el desarrollo de las obras sino siempre con la mejor solución, tanto desde el punto de vista técnico como económico.

Por ello quiero finalizar con mi agradecimiento personal por las enseñanzas y ejemplo de trabajo que siempre me ha dado, y como integrante de la comunidad por su entrega y dedicación a la Universidad, por estos más de cuarenta y cuatro años en los que ha sido y sigue siendo un factor muy importante del crecimiento académico y económico de nuestra querida Universidad. Ingeniero Fernando Giuffra, muchas gracias.

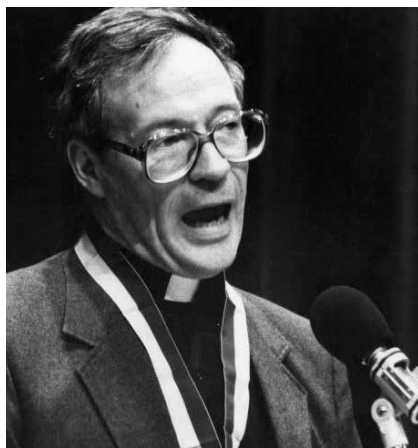
## *Todo lo ha hecho bien...*

*J. Leonardo Piscoya Rivera*

Conocí al padre Klaiber hacia 1995, al final de mi vida universitaria. Tuve la suerte de ser de esas generaciones de estudiantes de la especialidad de Historia y Geografía de la Facultad de Educación de la Pontificia Universidad Católica que llevaba cursos en otras facultades... y por eso pude matricularme con él.

El primer semestre de ese año, asistí a sus clases de Historia Universal 3, el siguiente decidí llevar Historia Universal 4. Aprendí mucho. Muchísimo en realidad. Porque sus cursos no eran solamente sobre el surgimiento de la modernidad o el siglo XX, sino sobre varias cosas en simultáneo.

Me acuerdo de él vestido siempre de azul marino. “Mi uniforme jesuita de faena”, me dijo alguna vez mientras caminábamos por el ‘tontódromo’ que atravesaba la Universidad de extremo a extremo. Un uniforme que siempre tenía tres manchas de tiza en el pecho, justo debajo de la garganta. Allí donde solía colocar su pulgar, índice y dedo medio mientras daba énfasis a las cosas que decía. Siempre con esos lentes inmensos que le daban un aire de intelectual americano de fines de los años setenta.



Alguna vez le pregunté de dónde era. Me dijo que de Chicago, y del mismo año que mi mamá (1943), para luego saltar a hablar de otros lugares de Estados Unidos y enseñarme a pronunciar los nombres del Estado de Utah y de su capital Salt Lake City, sobre las cuáles no tengo idea de cómo llegaron a la conversación. Alguna razón habría, porque con él no había conversaciones que no estuvieran bien articuladas.

Cuando preguntó de dónde era mi familia, rió diciendo “ojalá no sean de Lambayeque... porque es muy complicado pronunciar en ese idioma”. Y no sé si se lo conté, pero parte de mi familia paterna es de esos lares.

No sé cuántas veces caminé con él por la Universidad, o me senté a tomar un café, o lo acompañé conversando distraído hasta la Iglesia de Desamparados en Breña, desde donde luego no tenía idea de cómo volver a mi casa. Pero era tan entretenido que no lo pensaba dos veces y fingía saber por dónde estaba. A veces la conversación era interrumpida por largos silencios en los que simplemente caminábamos. Y entonces él arremetía preguntando si no había yo pensado en cambiarme de especialidad a Humanidades, para ser historiador. O si nunca me habían dicho que yo podía haber sido un interesante prospecto de jesuita. Y claro, yo me reía. Porque de historiador no me veía... y de jesuita menos. Y cuando él enrumbaba a El Agustino, ya me parecía demasiada aventura por un día y emprendía la huida para que no me fuera a convencer.

En esas conversaciones supe que su apellido materno era Lockwood. También que le decían Jeff. Y me enteré de que Chicago no sólo era la ciudad de los vientos, sino también donde escribió sobre el Perú aún antes de conocerlo a fondo.

Jeffrey Klaiber S.J. Así aparecía su nombre en los sílabos. No sé si mis otros compañeros aprovecharon para conversar con él tanto como lo hice yo. Sospecho que sí. Porque nunca se negaba a caminar contigo rumbo a su oficina o a explicarte con más detalle qué esperaba de tus trabajos del curso.

Por él leí *Utopía* de Tomás Moro. Y por él supe que Moro decía que para ser amado había que hacerse “amable”. Y claro, me fui convenciendo de que eso sólo se logra siendo un poco como él: accesible, sencillo, pausado, calmado, lúcido, centrado... un hombre bueno.

Gracias a él leí *El Príncipe* de Maquiavelo, *El Emilio* de J.J. Rousseau y *Robinson Crusoe* de D. Defoe. Y tuve que compararlos. Y encontrar el patrón oculto tras ellos y su forma de mirar al ser humano, a la sociedad, el papel de la cultura, las maneras de entender lo bueno, lo justo, lo correcto.

Y también por ‘culpa suya’ tuve que acostumbrarme a que los controles de lectura eran sobre cuatro libros completos que había que leer en poco menos de un mes y medio... y que antes de un examen uno tenía que tener anotaciones, fichas, separatas, un cuaderno ordenado e ir a todas las clases, porque de lo contrario te perdías la oportunidad de entender por qué el mundo de fines de los 90 era como era... y por qué los hombres del Renacimiento eran -en gran parte- los responsables de cómo pensábamos entonces (y ahora).

Tengo un recuerdo especial de una de mis consultas de Historia Universal 3. Yo quería ahorrarme el trabajo de leer otro libro entero. Estaba haciendo la práctica pre profesional y andaba agobiado con tanto leer y preparar clases y además llevar los cursos de último año de la Universidad. Y entonces se me ocurrió la ‘brillante’ idea de proponerle comparar algunos de los libros que él proponía con algo que yo ya había leído: *El Principito*, de Saint-Exupéry. Entonces me miró extrañado, se acomodó los anteojos -señal de que algo no le gustaba- y me dijo: “Eso es muy siglo XX”. Y yo pensé en que claro, el libro escapaba al período de lo que tocaba estudiar en el curso. Pero no era a eso a lo que él se refería, porque con esa sonrisa ladeada con la que siempre aparecía en las fotos, agregó algo que no recuerdo de manera exacta... pero que se puede resumir en que lo que resultaba “muy siglo XX” eran mis ganas de ahorrarme trabajo. Y leí todos los libros obligatorios. Y al semestre siguiente me matriculé en Historia Universal 4. Y disfruté sabiendo que podía tener más de un 19 e incluso algún 20 en mi vida universitaria. Y que podía hacerlo sintiendo placer al estudiar, al hacer resúmenes, al compartir mis fotocopias con mis compañeras de clase, al abrir mis monografías para tratar de descifrar esas letras garabateadas en cada página para indicar dónde sobraba o faltaba un espacio entre palabras, dónde un punto, dónde una idea era “interesante” o “muy interesante” o dónde necesitaba dedicar tiempo a pensar si estaba “¿seguro?” de lo que había afirmado.

Logró que hasta un hereje como yo fuera a misa en la capilla del CAPU (Centro de Asesoría y Pastoral Universitaria) solamente para escucharlo. Que me hiciera ‘caserito’ de los Coloquios de Estudiantes de Historia,

donde lo oí bromear acerca de que le tocaba hablar de “un tema poco controversial: la planificación familiar y la Iglesia en el Perú”.

Hay un pasaje del evangelio de Marcos (Mc 7; 31-37) en que se narra la historia de sanación de un sordo que hablaba con dificultad. En él, Jesús lo apartó de la gente, introdujo sus dedos en sus oídos y le tocó la lengua con sus dedos mojados en saliva... y le dijo “*Effetá*”, que significa ‘ábrete’. Y entonces se destaparon los oídos del sordo y su lengua ‘se desató’.



Algo así era lo que el padre Klaiber hacía con los estudiantes como yo. Porque tal como en el relato bíblico, puedo afirmar que él -como Jesús- “Todo lo ha hecho bien; hace oír a los sordos y hablar a los mudos”.

*Imagen tomada de  
<http://prensa.jesuitas.pe/2013/02/p-jeff-klaiber-actividades-en-los-eeuu/>*

A sordos como yo a los que a veces la lengua se les enredaba por no atreverse a decir frente a frente: ¡Gracias!

## *Madre Sara*

*Pamela Lastres Dammert*

Cada vez que acometo la tarea de escribir sobre la protagonista de este relato, es decir de hablar de “la Madre Sara” -hace años que conquisté el derecho de llamarla así-, “Sarita”, o en términos incluso más formales “la señora Sara”, me descubro en una situación de indigencia: incapaz de encontrar las palabras justas que me permitan dibujar, al menos toscamente, el retrato de una persona extraordinaria.



*De izq. a der.: Asisclo Pizarro, Sara Llong  
y el doctor José Tola*

La Madre Sara es una mujer de singulares méritos. Para mí, trabajar junto a ella significa tener la oportunidad de ensayar diariamente para ser una mejor persona. Porque aprendo de cada una de sus virtudes y actitudes, incluso de sus gestos mínimos: de su elástica e inagotable paciencia, de su capacidad de tomarse las cosas como vienen, dejándolas que sigan su curso, sin entrometerse en cuestiones que no son de su incumbencia, de su legendaria imperturbabilidad frente al carácter incierto e indiscernible de las cosas -una actitud que hubiesen envidiado esos antiguos filósofos escépticos abocados al cultivo de la ataraxia-. Blindada por una serenidad envidiable, no cede fácilmente al desánimo y encuentra siempre pretextos para bromear, incluso para reír a carcajadas. Ante la insolencia o la grosería -conductas, lamentablemente, no del todo infrecuentes-, sus silencios resultan de una gran elocuencia.



Diría que su ritmo de trabajo se rige por la máxima latina *festina lente*, “apresúrate despacio”. Con ella, las cosas importantes, aun las más tediosas y difíciles, jamás permanecen inconclusas: se atienden de inmediato, pero no a las carreras. Viéndola trabajar, parece una mujer incansable. Sin embargo, sospecho que en su capacidad para hacer tantas cosas colabora una singular habilidad para orquestar los diversos ritmos que exige la atención de cada asunto. Así, la descubrimos anotando a la velocidad del rayo largas frases mediante taquigrafía, contestando amablemente un teléfono que jamás deja de sonar, resolviendo trámites engorrosos, hallando documentos extraviados durante un lustro, escuchando a las numerosas personas que llegan para pedirle un favor, contarle una historia, o solicitar un consejo; dedicando horas de su tiempo a atender o simplemente a escuchar a cualquiera que lo necesite, sin distinción. Y cada una de estas hazañas cotidianas es llevada a cabo de la misma manera en que ella hace todo: sin aspavientos, con sencillez y discreción.

Habría que decir algo sobre su religiosidad, una dimensión irrecusable de su vida. Pero me contento con subrayar tres notorios rasgos mundanos de su carácter, pues también los tiene. A la Madre Sara le gusta explorar el vasto mundo, conocer ciudades nuevas, viajar, observar calladamente cada acontecimiento. Es capaz de gozar como una niña más si está en compañía de los entrañables personajes de Disney, pero también de aplaudir a los mariachis que asedian los restaurantes turísticos de Ciudad de México. Es, asimismo, una auténtica aficionada al buen comer; se toma su tiempo para registrar los sabores, aunque extrañamente también se deleita con las descripciones detalladas de un buffet o de un plato novedoso. Cultiva, además, el gusto por la música clásica: desde hace muchos años acude puntualmente a los conciertos de la Filarmónica, afición que ella ha sabido convertir en una forma efectiva de terapia espiritual.

La Madre Sara tiene tres hijos biológicos. Pero somos legión, mucho me temo, sus hijos adoptivos. Doy fe de que nosotros también somos gente verdaderamente afortunada: no es poca cosa contar de manera incondicional con el afecto inalterable de alguien como la Madre Sara.

La oficina de la Madre Sara es un lugar, por lo demás, donde me siento en extremo cómoda. Allí siempre hay de todo: periódicos y revistas, una variedad asombrosa de papeles membretados, sobres de colores y tamaños insólitos, llaves que abren puertas invisibles, santos remedios para casi todos los males. Su compañía, de la que gozo diariamente hacia el final de la tarde, se ha vuelto imprescindible. Las horas de revisión de correspondencia se nos pasan literalmente volando.

En abril del año 2012 la Madre Sara cumplió medio siglo de servicio a nuestra Universidad. Cada día sigue ocupándose muy juiciosa y prudentemente de los asuntos más delicados. Basta asomarse por su oficina para verla inmersa en su peculiar comercio diario con el mundo, y para confirmar que posee las mismas energías de toda la vida, la misma generosidad, el mismo sentido de compromiso hacia nuestra Casa de Estudios. Gracias, Madre Sara.



*De izq. a der.: de pie Pamela Lastre, Elena Lozano, Cynthia Llanos y Vanessa Veitemilla; sentada Sarita y en cuclillas Eva Tokeshi*

## *Felipe, escocés y chalaco*

*Alberto Wagner de Reyna*

Mi primer contacto con Felipe Mac Gregor S.J., allá por el año 40 del siglo pasado, fue una disputa, una disputa que se podría decir 'internacional' entre un egresado de una universidad norteamericana y el 'producto' de una universidad alemana. La causa: la interpretación de un texto de Aristóteles, propuesto en unos exámenes de fin de año en 'la Católica'. De un lado, un joven teólogo tomista, venido de Fordham -el profesor del curso-; del otro, un joven existencialista cristiano, salido de Friburgo -miembro del jurado-.

Mi última relación con él fue un e-mail que le envié con ocasión de sus 90 años. El mensaje electrónico, evidentemente gratulatorio pero irreverente y en broma, le llegó cuando agonizaba en Miraflores. Durante los quince lustros que median entre aquel lejano pleito y mi involuntario despropósito de hace algunos días, floreció entre nosotros una amistad sin sombras. La identidad de nuestra fe en Cristo, la comunidad de intereses intelectuales y profesionales, la cooperación en organizaciones internacionales, la recíproca confianza, familiaridad y afecto han posibilitado esta larga vinculación transatlántica.



Dejo a otros, más autorizados y competentes que yo en estas materias, ponderar las múltiples facetas de la brillante personalidad de Felipe, así como sus méritos al servicio de la Iglesia y de la Patria. Yo quiero limitarme aquí a señalar un rasgo de su carácter, de importancia para todos los peruanos: su eficiencia. A su origen escocés debió él su objetividad en la apreciación de la realidad, su decisión a encararla,

su capacidad de organización y su perseverancia en la acción. Pero no era un nórdico inflexible y esquemático en la aplicación de sus planes, sabía adaptar su estrategia a los obstáculos, hacer concesiones a la 'real gana' que reina nuestra tierra. Y ello le venía de su latente criollismo de ¡chalaco!

Cuando fue elegido rector de la PUCP, era esta una pequeña universidad provincianísima, avecindada en la capital de la República, en locales prestados e inaparentes, y con profesores prácticamente *ad honorem* que cumplían sus funciones por fidelidad a su fe católica. Cuando dejó el rectorado, después de larga y esforzada gestión, era la PUCP una institución de renombre internacional.

Felipe Mac Gregor es así el segundo fundador de ella. Su florido 'campus' universitario -en terrenos de su benefactor Riva-Agüero- significa hoy un monumento levantado, por la dinámica del espíritu a su memoria. Es el permanente y juvenil recuerdo del rector magnífico, sacerdote ejemplar, ciudadano ilustre y excelente amigo. Felices los estudiantes que disfrutaban de tan bello lugar de esparcimiento... y estudio.

Paris, enero A.D. MMVI.

## *Las huellas de Raúl Manyari*

*Herlinda Seminario Salazar*

El doctor Raúl Manyari Contreras, antiguo auditor interno de la Pontificia Universidad Católica del Perú, nació en Jauja el 20 de julio de 1916. Siguió estudios de Contabilidad en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, siendo diplomado el 28 de diciembre de 1942. Posteriormente prosiguió sus estudios titulándose con el grado de Doctor en Ciencias Económicas el 31 de mayo de 1951.

El doctor Manyari falleció el 13 de julio de 1999, dejándonos el grato recuerdo de un respetable caballero profesional y amigo, talentoso en su quehacer contable y muy reconocido por las autoridades universitarias de esta gran casa de estudios y por todas las personas y las instituciones que lo trataron. Don Raúl fue un auditor de primera, ejemplar en todo, siempre querido en su Club Regatas Lima, en su Universidad Católica, en todo lugar.

De su amplio *curriculum* profesional se destacan su trascendente paso por el Banco Transatlántico Alemán en 1936, donde fue jefe de la Oficina de Costos en 1942; su puesto de contralor en la Corporación Peruana del Santa en 1950; su trabajo de auditor interno en la *International Petroleum Company Ltd.* (Talara, 1954-1959, Lima 1959-1960) y de contralor en la empresa Fertilizantes Sintéticos S.A. (1963). Se desempeñó en 1974 como gerente administrativo y financiero de Cemento Andino S.A., continuando el ejercicio profesional como auditor independiente desde 1980 hasta 1994.



Al margen de sus actividades empresariales, en 1980 fue director y vicepresidente del directorio de Sociedad Paramonga Ltda. S.A., de Compañía Celulósica y Papelera del Norte S.A., y de Papelera Peruana S.A. desde el año 1980 hasta 1985. De 1983 a 1985 fue asesor de informática de la presidencia ejecutiva del Instituto Peruano de Seguridad Social. Luego, entre 1984 y 1994 fue socio de Manyari & Asociados S.R. Ltda. y de Consultores y Auditores de Sistemas de Cómputo (1984-1992). Fue miembro distinguido de Evans Tapia & Asociados S.R.L.

El doctor Manyari fue elegido decano del Colegio de Contadores Públicos de Lima para el periodo 1965-1967. En 1962 vice presidió la delegación peruana al VIII Congreso Internacional de Contabilidad, celebrado en la ciudad de Nueva York. También fue presidente de la delegación peruana que participó en el IX Congreso Internacional de Contabilidad en París en 1967. Sin duda alguna, su calidad personal y profesional fue reconocida al ser designado en 1993 presidente del Tribunal de Honor y miembro del Consejo Consultivo del Colegio de Contadores Públicos de Lima, cargo que desempeñó hasta 1994. Recibió el título de *Contador Meritorio de las Américas* entregado por la Asociación Interamericana de Contabilidad.

Fue profesor principal en la Facultad de Ciencias Económicas de la Pontificia Universidad Católica del Perú. Allí, entre 1946 y 1954, destacó como profesor de la asignatura de *Contabilidad de costos* y, años después, de *Administración financiera* (1966-1969).

Su trayectoria de hombre de bien, de principios indeclinables, de ética ejemplar y de una caballerosidad sin precedentes define con creces el perfil humano de don Raúl.

## *Javier Neves Mujica, padrino de promoción*

*César Salas Guerrero*

Si alguna vez alguien me pidiera que definiera al profesor Javier Neves Mujica en tres palabras lo tendría fácil: “Universidad, enseñanza y amistad”. Por cierto, solo he tenido que repetir el subtítulo que el propio Neves escogió para su libro *Palabras más, palabras menos*, publicado en 2009 en edición no venal, y que recoge los discursos que dio en las ceremonias de graduación a las seis promociones de la Facultad de Derecho que entre 1987 y 2006 lo eligieron como padrino, entre ellas la mía.

Leyendo esos discursos uno descubre que las lecturas de Javier, como nos acostumbramos a llamarlo sus alumnos, van más allá de los textos jurídicos. Sus citas de Vallejo, Ribeyro, Luis Hernández, Martí, Machado, Vinicius de Moraes, Cavafis, Rilke, Saint-Exupéry, Van Gogh o el infaltable Quino, entre otros, nos muestran a un profesor interesado en la literatura. Los que lo conocemos un poco más agregamos a sus intereses la música y el cine, especialmente si las canciones son de Gino Paoli u Ornella Vanoni y las películas de Ettore Scola.



*Universidad.* Javier Neves ingresó como alumno a la PUCP en el año 1971, cuando nuestra Universidad experimentaba una época de cambios profundos, promovidos por el rectorado del padre Felipe Mac Gregor. Dichas transformaciones se vivieron con mayor intensidad en la Facultad de Derecho, por entonces denominada Programa Académico de Derecho, que estaba implementando una reforma en los estudios, gracias a un

convenio con la Fundación Ford. Javier pertenece a la generación de la reforma, que vivió un ambiente de expectativas por un lado, pero también de resistencia al cambio por otro. Como alumno fue también partícipe de la mudanza de la Facultad del jirón Camaná a las casetas de madera del fundo Pando, donde se quedaría hasta finales de los años ochenta. El ambiente universitario en esos años era bastante estimulante por las discusiones políticas y académicas propias de la época y Javier, sin duda, contribuyó a ello. Luego de terminar sus estudios y de recibirse como abogado, no pasó mucho tiempo para que regrese a las aulas, ahora ya como profesor, convirtiendo a la Universidad Católica en “el principal espacio de mi vida”, según su propia confesión.

*Enseñanza.* Javier Neves ingresó a la docencia universitaria en la Facultad de Derecho en 1983. Durante algunos años compartió la enseñanza con la labor de investigador en el Centro de Estudios y Promoción del Desarrollo - Desco, institución a la que renunció cuando pasó a desempeñarse como profesor a tiempo completo. En la Facultad Javier Neves ha dictado los cursos de Derecho Laboral, Derecho Colectivo del Trabajo, Temas de Derecho Laboral y Seguridad Social y Metodología de la Investigación, además de ejercer cargos como miembro del Consejo de Facultad, coordinador del Área Laboral, jefe del Departamento Académico y decano de la Facultad de Derecho. Cuando cumplió veinticinco años como profesor, algunos de sus colegas publicaron un libro en su homenaje para dejar constancia de su contribución decisiva a la reflexión y renovación de los estudios de derecho laboral en el Perú.

*Amistad.* Si como profesor es memorable, como amigo Javier Neves es entrañable. Lo recuerdo siempre dispuesto a franquear la barrera que existe entre el profesor y el alumno. Poco acostumbrado a las formalidades, sus exalumnos lo recordamos principalmente como un excelente conversador y bastante bromista. Sus posiciones políticas y académicas siempre quedaban claras, pero nunca fueron obstáculo para confraternizar con quienes defendieran las contrarias. En todo caso, prefería que la conversación tocara otros temas, lo más alejado posible de lo jurídico. Y no es que el derecho lo aburriera; lo que le causaba sopor eran las personas que parecían interesadas exclusivamente en “la profesión”. Creo que por eso le agradaba encontrar alumnos con aficiones distintas, como fue mi caso.



Conocí a Javier Neves cuando cursaba el cuarto ciclo en la Facultad de Derecho, allá por el año 1990. Un día, de la manera más inesperada, me llamó a mi casa para decirme que un compañero de la Facultad le había dado mi número y quería hablar conmigo. Sabía que me gustaba el cine, porque nos habíamos visto varias veces en la Filmoteca de Lima y en el cine club Raimondi y quería que lo ayude a organizar un ciclo de películas en Derecho. Nunca organizamos nada, pero comencé a visitarlo en su por entonces casa de Jesús María, donde vivía en compañía de su madre. A veces íbamos al cine, pero otras simplemente nos quedábamos conversando o escuchando música. Todavía guardo algunos *cassettes* con música italiana de los festivales de San Remo, grabados de los viejos discos LP que me prestó, como testigos de esos gratos encuentros.

Al año siguiente, Neves fue escogido padrino de mi promoción en las olimpiadas de Derecho, lo que repetiría en 1992, participando tanto del desfile como de los *sketchs*. Para entonces, Javier ya estaba bastante integrado a *Obligación*, nombre con el que se conocía a la promoción, y comenzaba a descubrir vocaciones entre algunos de mis condiscípulos. Prueba de ello está que entre los “proyectos” de laboristas que ya por entonces comenzaban a perfilarse, terminaron como profesores del área de Derecho Laboral en nuestra Facultad de Derecho nada menos que tres miembros de *Obligación*: José Ignacio Castro Otero, Carlos Cornejo Vargas y Jorge Toyama Miyagusuku, todos ellos considerados discípulos de Javier Neves. Por todo lo anterior, no sorprendió a nadie que al finalizar la carrera lo eligiéramos “oficialmente” padrino de la Promoción 1993-I, que también lleva el nombre de Cecilia Cortés Arens, compañera fallecida de manera trágica en el atentado terrorista de la calle Tarata.

Como todos saben, la vida universitaria está llena de experiencias que van más allá de lo estrictamente académico. Por ello se agradecen las enseñanzas recibidas, tanto en el aula como fuera de ella. Entre todos los profesores que tuve, guardo un recuerdo especial de mi padrino Javier Neves, quien al regalarme su libro *Palabras más, palabras menos* tuvo el amable gesto de escribir como dedicatoria: “Para César Salas con quien felizmente hemos compartido mayores satisfacciones fuera del derecho”. Lo cual es rigurosamente cierto.



## *Alejandro Ortiz Fernández y su producción en matemática*

*Carlos E. Vera Gutiérrez*

Siendo uno de los propósitos de los *Cuadernos del Archivo de la Universidad* que las personas que laboramos en esta casa de estudios nos conozcamos mejor, me permito exponer los méritos que, a juicio personal, justifican la presentación del doctor Jesús Alejandro Ortiz Fernández como destacado miembro de nuestra Universidad. Académico en el área de las ciencias, el doctor Ortiz ha sabido emplear su gran capacidad intelectual para llegar, desde diversos niveles del conocimiento, a la comunidad matemática formada por docentes y estudiantes de Ciencias y de Educación.

Su trayectoria como docente universitario está, obviamente, dirigida a su labor de formación científica, actualmente, como impulsor de la historia de la matemática y de la formación matemática de estudiantes que no serán matemáticos. El doctor Ortiz, profesor principal de la PUCP, ha sabido transitar en esas áreas y enfrentar con notable éxito los retos que se le han presentado. En efecto, pueden dar fe de la formación recibida cientos de egresados, graduados y titulados que han conocido de su trayectoria y efectuado trabajos en forma conjunta en temas de actualización en matemática que, con generosidad, ha impartido en cursos y seminarios.

El doctor Ortiz impulsó, a partir de los inicios de la década del 2000, la historia de la matemática, área de la que imparte docencia en la Maestría de la Enseñanza de la Matemática de la PUCP. En los últimos años decidió dedicarse a la formación matemática de estudiantes de otras especialidades. La importancia de esta decisión radica en que actualmente las matemáticas han encontrado muchas aplicaciones en el campo de las letras y ciencias humanas.

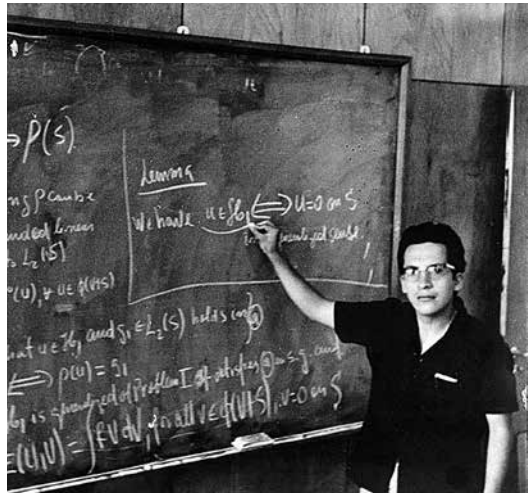
A continuación, presento una reseña de su trayectoria académica, ampliamente valorada por sus colegas y discípulos, y que incluye su paso por prestigiosas universidades.

## Vivencia estudiantil

Alejandro Ortiz nació el 10 de enero de 1936 en Trujillo, La Libertad. En esta ciudad estudió la primaria en una escuela estatal de su barrio y la secundaria en el Colegio San Juan, prestigioso centro educativo donde se ubicó entre los primeros alumnos de su promoción. Esto lo estimuló para seguir estudios universitarios. En 1956 ingresó a dos especialidades de la Universidad Nacional de Trujillo (UNT): Ingeniería Química y Educación para ser profesor de secundaria en la especialidad de Matemática. Aunque completó satisfactoriamente el primer año de ambas especialidades, determinó que la Ingeniería Química no era su vocación y, de esta manera, decidió solamente seguir la carrera de Matemática con la meta de ser profesor de esta materia en algún colegio. Su anhelo era enseñar en su querido Colegio San Juan, sueño que lograría hacer realidad posteriormente. Con dedicación terminó las carreras de Matemática Pura y Educación.

## Docencia y trayectoria académica

En 1960, Alejandro Ortiz tuvo una fugaz experiencia de cuatro meses como profesor de secundaria en el Colegio San Juan, alcanzando así una de sus metas. Esta labor fue interrumpida al ser designado profesor en la especialidad de Matemática Pura en la UNT. El doctor Alberto Vidal, profesor de Física Teórica, lo ayudó a obtener una beca para continuar sus estudios



ya sea en México o en el Brasil. El profesor Ortiz escogió la segunda opción. En 1962, viaja a Brasilia donde permaneció hasta fines de 1964;

obtuvo allí el grado de Maestro en Matemática teniendo como asesor de tesis al doctor Djairo G. de Figueiredo, destacado matemático reconocido en el Brasil e internacionalmente vía premios y distinciones recibidas de diversas universidades.

En enero de 1965, regresa de Brasilia y comienza a organizar con mayor experiencia su labor como profesor de la UNT. Planifica cuidadosamente cursos extracurriculares, conferencias y seminarios, y asesora tesis de grado de bachiller y de título profesional, casi todas ellas orientadas a las ecuaciones en derivadas parciales. Gracias a su dedicación, los alumnos de la UNT aprendían temas novedosos que habían sido investigados pocos años atrás.

El célebre profesor Leopoldo Nachbin -gestor y pionero de la matemática brasileña y considerado entre los primeros matemáticos del Brasil con imagen internacional en las décadas de los cincuenta y sesenta- apreciaba mucho el esfuerzo que Alejandro Ortiz llevaba a cabo en Trujillo con el propósito de levantar el nivel matemático de sus alumnos, como también por ayudarlos y estimularlos en sus estudios. A partir de esta dedicación como docente, surgió la idea de que asistiera a la Universidad de Chicago en los Estados Unidos con el fin de completar sus estudios. El doctor Nachbin lo ayudó a conseguir una beca de la OEA.

En la Universidad de Chicago encontró un ambiente matemático muy motivador de alto nivel. Muchos de los profesores que allí enseñaban eran líderes en teorías matemáticas que se estudiaban en el Perú o eran autores de libros que se usaban como textos. Entre estos especialistas podemos mencionar a Israel Nathan Herstein en álgebra, Antoni Zygmund en teoría de la medida, Alberto Pedro Calderón en integrales singulares y Felix Browder en análisis funcional.

En su segundo año en la Universidad de Chicago, Alejandro Ortiz llevó cursos de topología general, variedades diferenciales, álgebra moderna y análisis funcional. En este período obtuvo el grado de Maestro en Ciencias, grado que lo estimuló a seguir adelante. A fines de 1970, regresa a la ciudad de Trujillo lleno de ilusiones y deseos para desarrollar un largo programa de estudios e investigación.

## **Producción en Matemática**

En el período comprendido entre 1970 y 1971, fue elaborando el proyecto para escribir un libro sobre la teoría de Calderón-Zygmund y, en el mes de julio de 1972, concluye el libro *Operadores integrales singulares*. Merced a esta obra, tuvo la gran satisfacción de recibir las felicitaciones de los profesores Calderón y Zygmund, además de otros matemáticos de distintas universidades del exterior. Esta publicación fue enviada a diversas bibliotecas nacionales e internacionales. En 1978, publica su libro *Espacios de oscilación media acotada*, texto de circulación internacional.

Con estos estímulos comienza a trabajar su tesis doctoral. La concluye y se gradúa de Doctor en Matemáticas por la Universidad Nacional Mayor de San Marcos en 1986.

Aunque la parte administrativa de la universidad poco le atraía, era consciente de su gran valor para llevar una institución por los caminos correctos. En la UNT, Alejandro Ortiz fungió de coordinador de la Sección Matemática Pura de 1971 a 1976; fue elegido jefe del Departamento de Matemática en dos ocasiones, de 1976 a 1979 y de 1984 a 1987; y ocupó el cargo de director del Programa de Ciencias Físicas y Matemáticas de 1981 a 1984. En el ejercicio de estas funciones, experimentó lo difícil que es administrar una institución estatal en donde, sin dejar de reconocer sus virtudes, se apreciaban múltiples defectos, como la presencia de profesores cuyos intereses no eran precisamente académicos. En su gestión jugó un rol importante en la creación de la Maestría en Matemática -que inicia sus actividades en 1985-, en donde ejerció la labor docente hasta 1988 y fue elegido director de la Sección de Postgrado de la Facultad de Matemática de 1988 a 1989. En estos cuatro años de docencia, escribió cuatro libros como un legado a la UNT: *Análisis real*, *Topología*, *Ecuaciones en derivadas parciales* y *Análisis armónico*, libros que aún tienen vigencia y le han dado muchas satisfacciones.

## Producción en la PUCP

Alejandro Ortiz fue contratado como profesor de la PUCP en marzo de 1989. En este reinicio de su carrera docente, influyó la decisión del doctor José Tola Pasquel, distinguido matemático que fuera en ese entonces rector de la PUCP. En esta casa de estudios empieza la docencia en la Maestría en Matemática dictando los cursos de Análisis Funcional y Ecuaciones en Derivadas Parciales. En la década de los 90, ocasionalmente dictaba alguna asignatura de pregrado, pero básicamente se dedicó al autoaprendizaje de la Teoría de Ondículas (*wavelets*), una teoría de casi reciente creación, en plena expansión y que se estaba



*Alejandro Ortiz junto al autor de la nota*

consolidando por sus aplicaciones a variados campos de la ciencia y la tecnología. En la primera década de este siglo impulsó el área de la historia de la matemática, materia que tuvo la oportunidad de enseñar en la Maestría de Enseñanza de la Matemática y que es fundamental en la formación de todo profesor de matemática.

De 1989 a la fecha, el profesor Ortiz ha participado -y continúa participando- en múltiples reuniones matemáticas ofreciendo conferencias, mini cursos y seminarios. Asimismo, ha escrito numerosos trabajos matemáticos sobre temas diversos. Por considerarlo central en su actividad académica, presentamos resaltantes trabajos publicados a partir de 1998:

- *De Tales a las ondículas* (1998)
- *Artistas, científicos y maestros* (1999)
- *El león dormido. Memorias*, vol. 1 (1999)
- *Introducción a la teoría de wavelets* (2000)

- *Temas humanos* (2000)
- *Tópicos sobre ecuaciones en derivadas parciales* (2004)
- *Fundamentos matemáticos para aplicaciones* (2005)
- *Historia de la matemática*, vol. 1. *La matemática en la Antigüedad* (2005)
- *Marcos y ondículas* (2006)
- *Enseñanza-aprendizaje de la matemática* (2006)
- *Alberto Calderón. Algunos aspectos de su obra matemática* (2007)
- *Vivencias y mensajes. Temas pedagógico-matemáticos* (2008)
- *Espacios de funciones. Algunas contribuciones* (2009)
- *Integrales singulares. La Escuela de Chicago* (2010)
- *Ondículas (wavelets): un paseo histórico-analítico*, vol.1 (2011) y vol. 2 (2012)
- *Algunas reflexiones sobre la enseñanza-aprendizaje de la matemática* (2013)
- *Antoni Zygmund, su influencia en el análisis armónico* (2013-2014)

Mencionamos que también ha publicado algunos artículos en actas de reuniones matemáticas y que ha inaugurado la serie “Breves charlas matemáticas”, formada por videos cortos de exposiciones sobre temas puntuales.

El profesor Alejandro Ortiz gusta de la música antigua y la clásica. Siendo adulto adquirió un piano y comenzó a investigar los sonidos y, poco a poco, empezó a interpretar algunas canciones de oído. Como percibió que tenía cierta facilidad para retener algunas canciones y repetirlas de memoria, adquirió un órgano que pudo tocar con mayor facilidad y de un modo más aceptable. También gusta del dibujo y ver fútbol por la televisión.

En el año 2015, Alejandro Ortiz Fernández cumplió cincuenta y cinco años como profesor universitario. Aún se siente estimulado para seguir adelante, tanto en la tarea de enseñar a los jóvenes, cuanto en la labor de formularse nuevas metas y proyectos. Tiene en mente escribir trabajos que puedan contribuir a dar un legado a los jóvenes y a los colegas matemáticos. También piensa en escribir algunos libros sobre temas en donde pueda usar sus experiencias y su vivencia profesional, y todo esto pueda servir como un aporte a la imagen de nuestra Universidad.

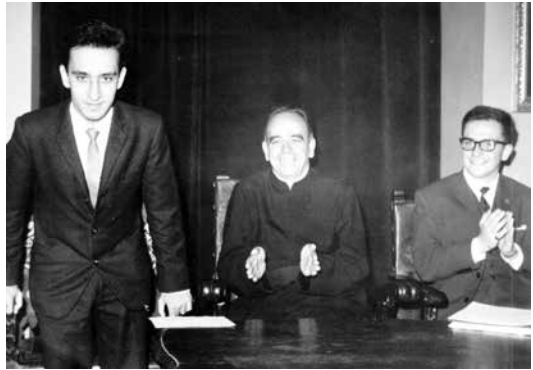


## *El culpable*

Jorge Bossio

*Él fue el culpable de muchas cosas, que tú no sabías, me dijo Marita Montes de Oca, quien conoció a Henry Pease desde mediados de la década de los años sesenta, cuando ambos participaban de la Federación de Estudiantes de la PUCP.*

*Yo era delegada y Henry era presidente de la FEPUC. Tu padre -que en aquella época estudiaba en San Marcos- era un colaborador de la Federación y había recibido el encargo de organizar una cooperativa para la compra de libros para los estudiantes. Ahí nos conocimos todos.*



*De izq. a der.: Armando Zolezzi, Felipe Mac Gregor y Henry Pease*

El recuerdo más antiguo y presente que mantengo

de Henry se relaciona con los cuentos de aquella época, cuando un grupo de estudiantes, amigos aún muy cercanos, se reunían para organizar actividades y marchas. Eso hizo que me enamorara de la universidad, mucho antes de ingresar, mucho antes siquiera de conocerla.

*Las reuniones terminaban muy tarde y Henry nunca salía temprano, siempre se quedaba hasta el final. Sus padres se preocupaban mucho porque llegaba tarde. Una vez se enteraron que yo era delegada y me dijeron “qué pena, ¿tú también saliste sorteada?”, como si no se tratara de algo voluntario.*

Siempre fue una persona muy dedicada a lo que hacía desde muy joven, cuando iniciaba un proyecto no lo dejaba hasta el final. Sabíamos de sus problemas de salud, que cada invierno se hacían más evidentes.

Me sorprendió mucho conversar con él hace unos años, había obtenido el grado de doctor y publicado un libro, mientras organizaba un programa de maestría, ¿en qué tiempo? Todos nos preocupábamos por su salud, lo veíamos cansado, pero no era así: él ya estaba en un nuevo proyecto.

Para mí era una imagen rigurosa, una persona muy alegre y con una enorme sonrisa, pero al mismo tiempo muy serio y directo. A veces duro, si era necesario. El cambio de una actitud relajada y alegre a una afirmación categórica y una reflexión sobre los principios de aquello que se discutía era algo que siempre me tomó por sorpresa, a pesar de las múltiples oportunidades en que ocurrió. La partida de Mary y la llegada de Mijaíl cambiaron significativamente a Henry, en lo personal, mostrando mucha sensibilidad detrás del rígido muro construido por el líder político y docente. Valentín completaría, años después, el proceso.

*El día en que se iba a realizar la primera asamblea para conseguir las firmas necesarias para la cooperativa, se presentaron en la Fepuc dos jóvenes recién ingresadas a la universidad como voluntarias, una de ellas era tu madre. Como la reunión se debía realizar en un aula de Derecho en Riva-Agüero, donde también funcionaba la Federación, Henry las envió a ayudar. Así se conocieron tus padres, a pesar de que el proyecto de cooperativa no funcionó. Él lo recordaría toda la vida.*

Es una coincidencia, que nunca había notado: haber terminado estudiando Bibliotecología sin conocer la historia de la frustrada cooperativa. Los libros de Henry me llamaban la atención desde niño, la portada con palacio de gobierno y las piezas de un rompecabezas. Solo a él se le puede ocurrir hacer un documento para registrar la cronología política, ¡qué aburrido! -pensaba- mientras pasaba las páginas buscando algo con qué matar el tiempo en la casa de Desco en Pacaraos. Luego entendí por qué lo hacía, y por qué lo siguió haciendo muchos años después.

*Dedicado y ordenado como pocos. Imagínate que la primera vez que se mudó de casa hizo una lista detallada de cada uno de los objetos en un cuaderno*

*indicando en tres columnas: lugar de origen, medio de transporte y lugar de destino. No le gustaba dejar nada al azar, todo debía estar planificado, incluso con ese detalle. Ese detalle estaba en sus libros, en sus clases, en sus exámenes.*

“No solo tienes que leer, Jorge, tienes que entender”, fue su único consejo cuando le dije que estaba llevando su curso. El curso estaba perfectamente planificado y él no se daba el lujo de faltar o llegar tarde a ninguna clase. Todos esperábamos desde minutos antes a su ingreso en el aula, conversábamos, discutíamos, intercambiábamos copias y resúmenes esperando el momento en que se abriera el maletín sobre el escritorio. Del maletín solo podían salir dos cosas: un folder con notas para la clase o un sobre con las preguntas para el control de lecturas. La reacción ante una u otra opción dependería de cuán preparado se sentía uno.

Muchas lecturas y varias fechas posibles para rendir un control, nunca sabrías -y vaya que intentamos adivinarlo- si tomaría o no el control de lecturas. Era sorpresa, y odiábamos vernos sorprendidos, especialmente cuando no habíamos leído lo suficiente y entregábamos el cuadernillo en blanco, o peor, con respuestas sin sustento. Por supuesto que jugar a la ruleta de tratar de adivinar cuándo sería el control de lecturas, en lugar de concentrarme en “leer y entender” me llevó a perder el curso. Y luego esa mirada en silencio: te lo dije.

*Mi primer trabajo fue con Henry en la Dirección de Asistencia y Tutela de Menores, lo que sería hoy el Inabif, en el Ministerio de Salud de aquella época. Él no era el director pero organizó una reforma en los institutos de menores. Aunque no lo creas el personal a cargo del cuidado en los niños era personal que había sido dado de baja en los institutos penitenciarios: ¡te puedes imaginar qué maravilla!*

*Henry consiguió que el ministro ordene que todo el personal que tuviera contacto directo con menores pasara por un examen psicológico y se inició el trabajo con asistentes sociales, logrando profesionalizar el servicio. Hacer esto era muy difícil, especialmente durante un gobierno militar, pero se logró, aunque ello nos costara en algún momento pasar las pascuas en Maranga.*

Mantenerse de pie durante la clase de Reforma del Estado le resultaba difícil. En los cursos de maestría los alumnos hablan más que los docentes, el debate es clave, y era lo que se promovía. A Henry le faltaban fuerzas incluso para mantener los párpados arriba, sentado en la silla en el centro del aula parecía dormido, pero solo se concentraba, guardaba energías mientras escuchaba el debate hasta que de pronto: ¡zaz!, entraba al debate aclarando un punto y señalando, con lujo de detalle, cada hecho, cada nombre, cada gesto de la escena política que se debatía.

*En casa era un amable anfitrión, le encantaba preparar pisco sour, aunque muchas veces no podía tomarlo. Además organizaba a todo el grupo: tu madre hacía el ceviche, Mary y yo nos encargábamos de los limones, cada uno tenía un papel y él se encargaba de que contemos con todo lo necesario para poder cumplirlo.*

Cuando recibí la noticia la sensación fue de una pérdida enorme. Estuvo en la familia, en la Universidad, en la vida política y profesional. Independientemente de la cercanía, siempre fue para mí un líder, aquel que te brinda lo mejor de sí, lo más valioso: su tiempo. Tiempo que, en mi caso, ha sido toda la vida.



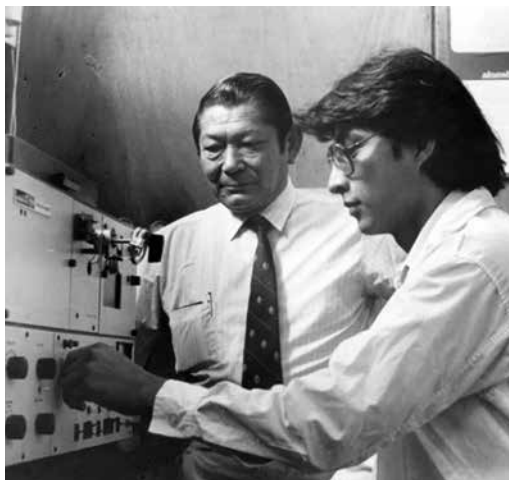
## ***Profesor Dionisio Ugaz Mont: un testimonio de su legado***

*Isabel Díaz Tang*

Hace poco recibí la visita de un historiador que tiene el encargo de elaborar una “historia oral” de la Universidad. En un momento de nuestra charla el entrevistador me preguntó qué profesores de la Sección Química diría yo que tuvieron mayor influencia en mi posterior desarrollo personal o profesional. Sin necesidad de pensar mucho mencioné dos nombres y uno de ellos fue el del ingeniero Dionisio Ugaz Mont.

Tuve la oportunidad de conocer al ingeniero Ugaz bajo distintas circunstancias, pero en primer lugar fue mi profesor.

Puntualísimo, muy ordenado en la exposición de los temas de clase, de trato formal con los alumnos, parco y serio, esas eran algunas de las primeras impresiones que, acerca del ingeniero Ugaz, compartíamos los compañeros de estudios. Más adelante fuimos descubriendo otros aspectos de su carácter -fuertemente motivados, o al menos yo, por la curiosidad de desentrañar



qué se escondía detrás de su actitud imperturbable-. Empresa difícil, porque no era de aquellos profesores que propician un diálogo cuando un alumno se acerca a su oficina, de manera que las visitas al ingeniero Ugaz eran exclusivamente de naturaleza académica y, sobre

todo, fugaces; él contestaba las preguntas concisamente, algunas veces sacaba un libro de su estante para mostrar un diagrama o recomendar alguna lectura y punto. Por ello, en ocasiones, al acercarse la fecha de un examen, era motivo de broma entre nosotros, los alumnos, el retornos para ver quién conseguía “sacarle alguna fija” al ingeniero Ugaz. Pero él siempre resultó inexpugnable. Más adelante concluimos -algunas veces, con cierta amargura- que además era prácticamente imposible “ganarle” en un reclamo de examen, de manera que los poquísimos que alguna vez lo conseguimos, sabíamos que decididamente había sido una *gracia alcanzada por ser de justicia...* Hoy que también soy profesora, puedo imaginar la mezcla de emociones que habremos despertado en él -pero que se guardó bien en mostrar- al pedirle, tras terminar el curso de Físico-Química II, que fuese nuevamente él quien nos enseñase el siguiente curso de Físico-Química, y el siguiente, y así el ingeniero Ugaz fue profesor de esa promoción en los cinco cursos de Físico-Química que, en ese entonces, comprendía el plan de estudios de la especialidad. No existían todavía las encuestas de opinión acerca de los profesores, pero estoy segura de que el ingeniero Ugaz habría obtenido uno de los más altos puntajes.

Por ser habitualmente serio, fue una verdadera sorpresa descubrir que el ingeniero Ugaz era “otro” durante los almuerzos de Navidad de la Sección Química; se ponía el mandil de laboratorio (lo cual no era usual) y daba instrucciones a todos los ayudantes, no necesariamente voluntarios, sino estudiantes que él iba reclutando a medida que éstos entraban a curiosear (*¡El ingeniero Ugaz está cocinando!*) al improvisado laboratorio-cocina, para finalmente poner él su toque maestro en la mezcla de los ingredientes para la elaboración del tradicional cebiche. Bromeaba con todos -estudiantes, profesores, trabajadores- bailaba valsos criollos y, sobre todo, sonreía. Él realmente disfrutaba el vernos a todos reunidos y contentos. En estos y en otros hechos comprobé que el ingeniero Ugaz era muy paternal y que él sentía que la Sección Química era su segundo hogar.

Por varios períodos él fue elegido por sus colegas coordinador de la Sección y fue al inicio de uno de ellos, en octubre de 1984, que yo empecé a trabajar en la Universidad como Jefe de Prácticas. Yo tenía

predilección por los cursos de laboratorio y principalmente por la Química Inorgánica y el ingeniero Ugaz gestionó mi contratación para apoyar en un nuevo curso de laboratorio de dicha área, pero más adelante me encargó cursos de laboratorio de Físico-Química. ¿Recordaría él que alguna vez, cuando yo todavía era estudiante, le comenté que no me gustaba la Físico-Química? *Usted qué sabe*, me dijo entonces, y ahora veo que me fue introduciendo poco a poco en ese campo, que era su especialidad, el cual después me fue resultando esencial y cada vez más fascinante. En 1985 el ingeniero Ugaz fue designado Coordinador PUCP del Proyecto de Prevención de la Corrosión financiado por la Sociedad Alemana de Cooperación Técnica (GTZ), para el cual -tras muchas cavilaciones, por tratarse de un tema totalmente desconocido para mí y, además, del área de Físicoquímica- empecé a trabajar como asistente a tiempo parcial en 1986, cuando el proyecto aún no contaba con un local propio y nos servíamos de los laboratorios de diversas especialidades -Química, Ingeniería Mecánica y Física- así como de una oficina cedida por la Sección Química; puedo imaginar que esto fue posible debido a que el ingeniero Ugaz se había encargado previamente de realizar las gestiones y acuerdos necesarios para que pudiésemos llevar a cabo las actividades del proyecto de esa manera.

Me sentí muy cómoda trabajando con el ingeniero Ugaz. Él daba pautas generales y daba libertad de acción en los aspectos operativos -siempre y cuando no implicasen mayores gastos-; por lo general, apoyaba mis iniciativas pero, de los pocos desencuentros que tuvimos, nunca se originó una discusión. Diariamente, poco antes de las cinco de la tarde, hacía sus “rondas de supervisión” y yo lo veía asomarse a la puerta de la oficina o del laboratorio y solo decía ¿Y?, lo que bastaba para que yo intentase hacer un recuento pormenorizado de lo acontecido durante el día, relato que él escuchaba atentamente, pero de pie, de manera que siempre debía terminar por abreviar mi reporte. Aquí debo decir que veía sonreír al ingeniero Ugaz más frecuentemente que cuando era su alumna y que a veces hasta me confiaba algunos planes que tenía para la Sección. Pero la conducta que siempre mantuvo fue la de no hacer ningún comentario negativo o de algún problema que tuviera con uno de sus colegas. Yo creo que él pensaba que, al final, todas esas dificultades serían superables, como en una familia.

Quizás uno de los rasgos más distintivos del quehacer del ingeniero Ugaz era el de ser emprendedor. Y tenía además una visión muy clara: que la Química estuviese a la vanguardia de las ciencias en el Perú.

Durante varios años fui testigo de cómo realizaba coordinaciones e involucraba personas y entidades en sus diversas empresas: congresos, coloquios, seminarios, cursos. Fue a instancias del ingeniero Ugaz que me hice miembro de la Sociedad Química del Perú -la cual presidió durante varios períodos- y también por él que tuve mi primera experiencia como miembro activo de la organización de un evento de esa naturaleza, la *I Jornada Peruana de Fisicoquímica* en el año 1992. Lejos de lo que yo imaginaba, fueron presentados numerosos trabajos de diversas universidades y no solo de Lima y tuve así la oportunidad de conocer los grandes esfuerzos, así como las carencias con que tienen que lidiar los docentes y estudiantes de otros centros de estudios. El ingeniero Ugaz quería propiciar el establecimiento de estos vínculos, entendiéndolo como paso indispensable para apoyar el desarrollo de la Química a nivel nacional y fue con este espíritu que lideró la creación de la APFEIQ (Asociación Peruana de Facultades y Escuelas de Química e Ingeniería Química), organización que actualmente resiente mucho la ausencia de su gestor y promotor. Como la resentimos muchos.



*Dionisio Ugaz en compañía de su esposa Olga Lock*

Aprendí mucho con el ingeniero Ugaz en los aspectos que antes he mencionado, pero una lección de otra índole fue la que me marcó más profundamente.

Fue en julio de 1992, siendo el ingeniero Ugaz coordinador de la sección Química, cuando mi madre fue sometida a una delicada operación que tuvo serias complicaciones; las clases ya habían terminado, pero yo tenía pendiente la corrección de los



segundos exámenes de un curso de Química General, así como la preparación y corrección de la parte que me correspondía del tercer examen. Pensando en el estricto sentido de cumplimiento del deber practicado y fomentado por el ingeniero Ugaz, fui a buscarlo, entre angustiada y temerosa ante una posible negativa, para plantearle la situación y proponerle un cronograma en el cual alternaba estancias en la clínica y en la Universidad: *Ingeniero, mi mamá ha sido operada de peritonitis y su condición se ha complicado; mis hermanas están fuera de Lima y...; él no me dejó terminar. Vaya a cuidar a su mamá, me dijo. Silenciada algunos segundos por la sorpresa, luego insistí: Pero es que tengo que corregir exámenes y el tercer examen... y me volvió a interrumpir: Ya veremos cómo arreglamos aquí eso; vaya a cuidar a su mamá hasta que se recupere. Vaya.* Desde entonces, en el trato con mis colegas y colaboradores he procurado guiarme por esta vivencia: sin dudas ni discusiones, nuestro primer deber es para con la familia.

Se fue muy pronto, el ingeniero Ugaz. Se fue cuando apenas estábamos pensando de qué manera podríamos mostrarle nuestro reconocimiento por su labor tras haber cumplido 30 años de docencia en la PUCP. Se fue antes de que pudiésemos manifestarle, como él merecía, nuestro agradecimiento y nuestro afecto. Hombre de pocas palabras, pero de profundos y leales sentimientos, el ingeniero Dionisio Ugaz puede estar seguro de que su mensaje y su testimonio acerca de lo que es importante en la vida ha servido de inspiración para quienes lo conocimos y todavía hoy sentimos su partida.



# Índice

<i>Presentación,</i> por José de la Puente Brunke	3
<i>Angela Basso Philippon (1935),</i> por Alberto Varillas Montenegro	5
<i>Carlos Beas Portillo (1935 - 2012),</i> por Hna. Ana María D’Azevedo García	9
<i>Fernando Fuenzalida Vollmar (1936 - 2011),</i> por Armando Millán Falconi	12
<i>Fernando Giuffra Fontanés (1923),</i> por Luis Guzmán-Barrón Sobrevilla	17
<i>Jeffrey Klaiber Lockwood (1943 - 2014),</i> por J. Leonardo Piscocoya Rivera	20
<i>Sara Llong Quiún (1939),</i> por Pamela Lastres Dammert	24
<i>Felipe Mac Gregor Rolino S.J. (1914 - 2004),</i> por Alberto Wagner de Reyna	27
<i>Raúl Manyari Contreras (1916 - 1999),</i> por Herlinda Seminario Salazar	29
<i>Javier Neves Mujica (1953),</i> por César Salas Guerrero	31
<i>Alejandro Ortiz Fernández (1936),</i> por Carlos E. Vera Gutiérrez	35

<i>Henry Pease García (1944 - 2014),</i> por Jorge Bossio	41
<i>Dionisio Ugaz Mont (1932 - 2000),</i> por Isabel Díaz Tang	45

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL PERÚ

*Archivo de la Universidad*

*Beatriz Montoya Valenzuela*  
Archivera de la Universidad

*Dora Palomo Villanueva*  
Archivera

*Amy Saravia Chávez*  
*Ysabel Morán Caveró*  
*Enver Ramos Nolte*  
*Jhoanna Rodríguez Ochoa*  
*Jorge López Eguizábal*  
*Natalia Ruiz Justo*  
*Iván Rojas Rosales*  
*Jesús Chumpitazi Yáñez*  
Archiveros

*Jesús Ochoa Llanterhuay*  
*Angelina Escudero Sánchez*  
*Diego Alonso Cabanillas Ramírez*  
*María Gabriela Escudero Arias*  
*Giselle Adrianzén Saldaña*  
Alumnos colaboradores

*Marita Dextre Vitaliano*  
Administradora

*Javier Mendoza Suyó*  
Conservador

Ejemplar N°

El número 60 de los *Cuadernos del Archivo de la Universidad* se terminó de editar en la imprenta RyF Publicaciones y Servicios S.A.C., Jr. Manuel Candamo 350, Lince, el 12 de diciembre de 2016, recordando los 100 años del primer documento enviado por el padre Jorge Dintilhac al Ministerio de Educación para crear la Academia Católica. La edición consta de trescientos cincuenta ejemplares numerados.